

GRUPO GEOLAT, Bogotá, Colombia – Con la colaboración de varias entidades

*Exploración y descubrimiento en geografía**

James J. Parsons**

Traducción autorizada por [The Association of American Geographers](#), Washington, DC, para edición digital en *Geografía en Español – Traducciones*. Título original: Geography as exploration and discovery, *Annals of the Association of American Geographers*, 67 (1), 1-16, 1977. Traductores: Cecilia Calderón-Périco y Héctor F. Rucínque.

The definitive, English version of this article is available on <http://www.blackwell-synergy.com>

Creative Commons Attribution–Noncommercial–No Derivative Works 2.5 Colombia license.

Resumen. El asentamiento español en las montañas de Antioquia, noroeste de Colombia, fue atraído inicialmente por la existencia de aluviones auríferos. En esa región evolucionó un grupo cultural característico, a partir del núcleo histórico de Medellín. En el siglo XIX, el grupo cultural se dispersó para establecer numerosos frentes pioneros en las laderas andinas. El cambio ha ocurrido continuamente en esa región. Más recientemente, la colonización antioqueña se ha orientado hacia las tierras bajas tropicales del norte. A pesar de sus desventajas locacionales, Medellín se ha transformado en un centro industrial importante. Mediante ejemplos, el autor defiende el valor integrador de los estudios regionales, lo mismo que la significación y retribuciones científicas de la observación de campo en geografía.

Palabras clave: Colombia – colonización antioqueña – tapón del Darién – desarrollo rural tropical – geografía histórica – geografía regional – trabajo de campo – formación de geógrafos.

Los geógrafos somos una clase muy especial. A veces, nuestro común denominador parece haber sido el autodenominarnos *geógrafos*, con mínima consideración de lo que tal apelativo pueda significar. No obstante, los geógrafos compartimos valores similares y nos une un lazo común, casi místico – nuestra curiosidad acerca de este planeta y de la experiencia humana en el mismo – al igual que las maneras de estudiar el mundo, las cuales se nos antojan únicas y meritorias. Y, lo mejor de todo, optamos por ocuparnos con un trabajo que nos gusta hacer.

Me cuento entre los privilegiados de este grupo fragmentado, para quienes lugares y gentes, y las interacciones entre éstos, son nuestra principal fuente de fascinación. En mis años de estudiante universitario la "geografía" no captó mi atención ni como especialización ni como carrera. Como ha sido el caso de muchos de nosotros, mi conversión se debió al encuentro casual de un profesor que tenía carisma, sabiduría y un profundo "sentido geográfico". La geografía que más me ha atraído ha sido la de un tipo de "apreciación del paisaje" basada históricamente, y tengo que confesar que siento una cierta incomodidad con la actual compulsión por la precisión analítica, lo que a menudo se convierte en estéril *preocupación* por contenido y significancia estadísticas.

Tan magníficamente interdisciplinaria, la geografía parece un vehículo ideal para la conjunción de ciencia y humanismo, incluyendo la adopción de actitudes morales en relación con asuntos ambientales y espaciales. Después de todo, este mundo está seriamente fuera de equilibrio en lo referente a producción y consumo de alimentos y materias primas, los sistemas ambientales se están deteriorando

y los recursos y oportunidades están dispuestos de manera muy desigual. Sorprendentemente, como estudiosos de las relaciones entre la naturaleza y la cultura, nos estamos formulando muy pocos de los interrogantes realmente críticos. ¿Cómo han llegado las cosas al estado actual? ¿Podríamos seguir usando los recursos del planeta al ritmo actual sin agotarlos, sin afectar irreparablemente nuestra morada? ¿Qué clase de mundo chiflado es éste donde los gastos anuales en armamentos igualan el ingreso total de la mitad más pobre de la humanidad? ¿Por cuánto tiempo podrá aguantarse todo esto, lo mismo que la idea idiota del crecimiento sin límites, la imparable sed por bienes materiales? La población del mundo se ha incrementado de tres mil millones a cuatro mil desde cuando la AAG (Asociación Americana de Geógrafos) se reunió en Dallas hace apenas pocos años. Más gente significa demanda de más comida, más energía, más de todo.

Dedicados a otros problemas, en gran medida los geógrafos les hemos dejado a otros, y quizás especialmente a los biólogos, la tarea de explorar la relación hombre-naturaleza, lo mismo que la confrontación de las consecuencias de la filosofía materialista con la que se ha infectado la mayor parte del mundo. La perspectiva ecológica debería figurar entre los enfoques más relevantes y productivos de nuestra disciplina, si se quiere que ésta sea una fuerza realmente viva. Por cierto, tal enfoque debería ser una visión de largo alcance, desde el pasado distante hasta el siglo XX y los siguientes.

La temática de estudio se concentra sobre la tierra como morada del hombre y sobre nuestras responsabilidades para el mantenimiento de su diversidad y productividad. Seguimos estudiando una ciencia de la tierra, tan cierto como que *geo* es el término griego para "tierra"; y sin embargo mucho de lo que hoy se está haciendo pasar como geografía es simplemente el estudio del hombre, de la sociedad, sin seria consideración por espacio o tiempo.

Los atractivos de la geografía

Muchos de nosotros estamos en geografía porque esta implica usar los ojos, y por la latitud que la disciplina abarca al regalarnos con las maravillas del mundo que nos rodea, en viajes y exploraciones, para conocer con alguna profundidad por lo menos un pueblo y un medio ambiente diferentes del nuestro. La excitación que causan las regiones distantes, un mapa colorido, o el sonido de ciertos nombres de lugares, pueden haber estimulado inicialmente nuestros instintos geográficos. En mi caso personal, sospecho que la causa primaria fueron los memorables viajes transcontinentales que hacíamos en automóvil en los días de la escuela secundaria y la universidad, cuando todavía existían considerables tramos de carretera de grava en la autopista Lincoln o en la Route 66, y cuando la gasolina costaba apenas cuatro pesos por galón, o menos, en la parte oriental de Texas. O también pudo haber sido aquella colección de estampillas. Aún me acuerdo de las coloreadas Tanganyikas, con sus esbeltas jirafas alimentándose de los árboles de la sabana; el caribú del conjunto filatélico de Terranova; y las propias muestras conmemorativas de la Exposición Colombina de 1892. Cualquiera haya sido el estímulo original, agarró. Sería reconfortante saber si por lo menos algunos de nuestros actuales aspirantes todavía ingresan a la geografía por esta puerta.

Habiéndome iniciado como periodista, todavía me encuentro a mí mismo observando el mundo de modo muy similar a como lo hacía de joven reportero del *Redwood Journal*, en el condado Mendocino. La conexión entre periodismo y geografía – por lo menos de la geografía que a mí me interesa, basada en la observación, la conversación y el escudriñamiento a través de datos que ayuden a conformar una historia, ojalá expresada con claridad y simplicidad – es algo no bien apreciado. En verdad, en cierto sentido la geografía puede estimarse básicamente como una forma superior de periodismo. Como Bernal Díaz, podríamos preguntarnos si nuestra mejor esperanza de inmortalidad no sería el que "escribimos la verdad y nunca fuimos obtusos". Disponemos de una *entré*e inigualable para nuestro público, en forma del interés innato de los estudiantes de todas las edades por las maravillas del mundo que nos rodea. Sería triste que la geografía llegase a ser identificada principalmente como una disciplina apenas ocupada en suplir técnicas y mecanismos de control y manipulación del ordenamiento urbano, regional y ambiental.

La nuestra es una tarea mucho mayor que trasciende el simple método. Las facultades de descripción y evaluación son las que más necesitan cultivo si hemos de interpretar las relaciones de tierra y vida, y de iluminar mejor las cualidades estéticas de los paisajes para que el hombre pueda vivir más sabia y felizmente.

Mi propio campo de especialización dentro de la geografía ha llegado a ser el mundo tropical, en particular los trópicos americanos; y también las áreas de clima mediterráneo de verano seco, donde yo resido. En estas dos zonas bióticas me ha cautivado la significación de la vegetación y, frente a las crecientes perturbaciones antropogénicas, la dinámica de la sucesión vegetal. Más que cualquiera otra cosa, es la cubierta vegetal la que le da carácter a la tierra, a lo que vemos y sentimos en el paisaje. La vegetación y la fauna silvestre asociada son en sí mismas no sólo un campo productivo de estudio, sino que sirven como indicadores ecológicos incomparables y sensibles del estado del medio ambiente, de su equilibrio, productividad y potencialidad para proveer a las necesidades humanas, así se trate de alimentos, materias primas industriales o simplemente como áreas silvestres para ser apreciadas y quizás preservadas.

Antioquia y los antioqueños

Escogí el noroeste de Colombia como mi área de estudio casi por accidente. Después de casi cinco años de servicio militar durante la II Guerra Mundial, pensé que me había ganado el derecho a un año de estudio de campo en alguna región de óptimo atractivo – que en mi ordenamiento personal de prioridades se identificaba como una tierra tropical alta, de clima para vivir en mangas de camisa, donde las montañas fuesen imponentes y verdes, la gente amable, y en donde el sello colonial español todavía estuviese claramente visible. Originalmente me impuse como objetivo de estudio la economía cafetera de la provincia montañosa de Antioquia y el impacto del café sobre el centro comercial de rápido crecimiento, Medellín, su capital, situada a una milla de altitud y literalmente cubierta de orquídeas. Vagamente también se me había ocurrido que su posición geográfica en la esquina del continente meridional potencialmente debería darle a la región un significado especial, puesto que la marejada de migraciones humanas que confluyeron del norte para poblar América del Sur muy claramente tuvo que encauzarse por allí. Pero por encima de todo, esta era una región curiosamente poco conocida en el mundo exterior, un espacio en blanco en el mapa del tipo que yo siempre había imaginado estaba reservado a los geógrafos para explorar y dilucidar.

Tan pronto como tuve oportunidad de conocer los Andes colombianos, mi interés se desvió del foco original de la economía cafetera, de origen relativamente reciente, hacia el fenómeno de los antioqueños, hacia la configuración de su cultura y las huellas dejadas por ésta sobre la tierra (Parsons 1949,1950). Los antioqueños descienden de una pequeña ola de inmigrantes tempranos provenientes de España en pos del oro, quienes desde el comienzo estuvieron aislados del resto de la Nueva Granada por barreras montañosas y selvas pluviales, marginalidad en la que permanecieron hasta bien entrado el siglo actual. Entre los demás colombianos, los antioqueños descuellan aparte, no sólo por el predominio de sangre española (aunque algunas leyendas los hagan descendientes de vascos o judíos), sino por sus tradiciones dietéticas, su vestido, dialecto regional, preferencias políticas (son conservadores en la mayoría) y su religión (profundamente católicos). Son un pueblo de montañeses culturalmente cohesivos que habitan una parte muy accidentada de los Andes, y por tanto su típica raza ganadera, sus poblados ubicados en las cimas de colinas, su vestimenta tradicional, como su afición al tabaco y al aguardiente, son en conjunto parte de la leyenda y folclor de *los paisas*, como a sí mismos se denominan. Sus apellidos inconfundibles y la tendencia a formar familias numerosas y patriarcales, los colocan sorprendentemente aparte de los colombianos aún en la actualidad. Lo mismo es válido respecto a su reputación de buenos trabajadores, frugalidad y habilidades comerciales. Estas cualidades empezaron a manifestarse (después de 1790) en la frontera móvil de colonización que los llevó – con sus piaras ubicuas alimentadas con maíz y, más tarde, con el café como sus actividades comerciales básicas – a los abruptos baldíos volcánicos del sur.

Una ética de trabajo casi puritana ha estado asociada a través de los años a un peculiar genio empresarial, ampliamente reconocido en Colombia, lo que ha valido a los antioqueños el remoquete de "los yanquis de América del Sur". Estas características estuvieron asociadas durante el siglo XIX, primero con la minería del oro y el desmonte de la tierra, y luego, a comienzos del siglo XX, con un admirable salto hacia la industrialización – contra todos los hados de la geografía y la economía – que convirtió a Medellín en la primera ciudad manufacturera de la nación y a Antioquia en su departamento más próspero. Más admirable aun, este proceso empezó cuando el único acceso de la ciudad al mundo exterior seguía siendo a lomo de mula.

Las preguntas obvias son por qué y cómo hubo de evolucionar esta cultura singular, enérgica e innovadora – por muchos aspectos no muy latina – en el sitio y época en que tuvo lugar. Tras la bonanza inicial del oro de aluvión, las montañas antioqueñas pasaron por dos siglos de estancamiento. Todavía en 1780 estas tierras eran descritas como la parte más atrasada, empobrecida y aislada de la Nueva Granada, aunque estaba relativamente libre de malaria y los conflictos raciales eran mínimos. Pocos indios habían sobrevivido a la Conquista y los esclavos negros se confinaron en los valles más cálidos donde estaba concentrada la minería de aluviones auríferos. Los suelos del batolito granítico de Antioquia eran superficiales e improductivos, similares a los de Nueva Inglaterra, sobre laderas escarpadas que no estimularon el afán por acumular tierra, consecuentemente reduciendo la tendencia hacia el latifundio, tan característico de otras regiones latinoamericanas. Pocas concesiones de tierras fueron adjudicadas o buscadas. Cuando ocurrió la acumulación de capital no se pensó en invertirlo en tierras sino en el comercio o tal vez en la industria manufacturera. Particularmente la minería promovió la innovación tecnológica y, junto con el cultivo cafetero, atrajo una cierta cantidad de tecnología, capital extranjero y, lo que es más importante, condujo al establecimiento de instituciones de crédito, prácticas contables y sistemas de organización de negocios antes desconocidos en la Nueva Granada. Finalmente, aunque se carecía de materias primas para la industrialización, se dispuso de abundante potencial hidroeléctrico y de la voluntad de la gente para afrontar riesgos calculados, rasgo proveniente, quizás, de los antecedentes mineros de la mayoría de la población. El resultado fue un movimiento temprano y notablemente exitoso hacia la industrialización, que desde entonces se convirtió en *cause celebre* entre estudiosos del desarrollo económico que tratan de comprender cómo ocurre la modernización de una sociedad predominantemente campesina, asediada de desventajas aparentemente insuperables (Ospina Vásquez 1955; Hagen 1962; Safford 1965; López Toro 1968; Fajardo 1968; McGreevey 1971; Chevalier 1973; Twinam 1973; Parsons 1976).

Lo de Antioquia tiene interés especial no porque se ajuste a un modelo de desarrollo sino porque no lo hace. Este caso ilustra la propia singularidad que en tiempos recientes algunos geógrafos han esquivado muy deliberadamente. Sin embargo, para poder comprender mejor cómo se gesta el desarrollo económico, parece claro que tenemos que saber más acerca de las gentes que son diferentes en lugares que también lo son – como los antioqueños de Colombia. Los carteles que proclaman que *los antioqueños podemos hacer más* reflejan una confianza y un optimismo poco usuales en América Latina. Es esta una actitud vista cada vez más como digna de emulación.

La principal frontera de colonización antioqueña estuvo orientada históricamente hacia el sur, en las accidentadas laderas medias de los Andes de lo que hoy son territorios de Caldas y Cauca, y en las montañas que enmarcan el otro departamento del Valle del Cauca. En décadas recientes ha ocurrido un nuevo y vigoroso impulso colonizador hacia el norte y nordeste, en las tierras de clima tropical lluvioso de la planicie costera caribeña y del valle medio del Magdalena, que están siendo habilitadas para asentamiento gracias a la medicina moderna y al mejoramiento de los servicios de transporte (Parsons 1952, 1967). En vez del cultivo cafetero, en estas nuevas tierras la actividad predominante ha sido la ganadería. Típicamente, los desmontes en la selva pluvial producen dos o tres cosechas de yuca, maíz o arroz, antes de ser convertidos en potreros de pastos cultivados. En ciertos casos el banano y el algodón figuran como cultivos comerciales de las fincas recién desbrozadas. Aquí en la tierra caliente la regla son las propiedades grandes. El capitalista que opera desde Medellín ha tomado el lugar correspondiente de los pequeños propietarios, incluso el de los minifundistas, que tipificaron el impulso pionero anterior en las agrestes laderas volcánicas del sur.

Campos de camellones del San Jorge

Cuando tuve oportunidad de observar la reciente expansión antioqueña hacia las tierras cálidas, escuché informes ocasionales sobre curiosos patrones morfológicos del terreno que se ponían en evidencia al desmontar las planicies de inundación del bajo río Cauca y, especialmente, del río San Jorge, un tributario menor del Magdalena situado hacia el norte. Inicialmente pareció que estos alineamientos podrían ser simplemente rastros dejados por las dragas californianas que se usaron para remover gravas auríferas en corrientes que sirven de avenamiento al batolito antioqueño (Shlemon 1970). Una exploración del área a caballo, en compañía de vaqueros locales, no reveló nada importante. Con todo, el asunto se mantuvo en mi mente gracias a la evidencia de sistemas precolombinos de usos intensivos del suelo, que estaba siendo descubierta por William Denevan en las tierras bajas estacionalmente inundadas del oriente de Bolivia. Sin embargo, fue por una inspección fortuita de fotografías aéreas del área entre el Cauca y el San Jorge como pude percatarme de que en verdad había algo importante abajo en el suelo, sobre lo que nadie había informado jamás (Denevan 1966, 1963). Mediante exploración del terreno y reconocimiento con vuelos rasantes en avioneta se confirmó la existencia de más de 70.000 hectáreas de *campos de camellones*, diseñados y construidos sistemáticamente por desconocidos ingenieros paisajistas precolombinos (Parsons y Bowen 1966a, 1966b; Deuel 1969).

De una gira de estudios de colonización de montaña habíamos, pues, tropezado con una forma antigua de uso del suelo, antes insospechada, cuya intensidad aún intriga a los arqueólogos. Ello puede ser significativo en términos del origen de la agricultura y desarrollo de las altas culturas andinas. Estos campos realzados son escasamente visibles desde el suelo o desde las canoas en las que se realiza la mayor parte del tráfico regional. Solamente desde el aire y en la época en que los contrastes de la vegetación son más pronunciados, es posible observar el fenómeno. Los cronistas coloniales los ignoraron y aún hoy los pocos residentes que han reconocido los camellones los interpretan como una cosa natural. Pero su linealidad y diseño no dejan lugar a ninguna duda. Fueron hechos por el hombre. El esfuerzo cuya construcción representó suscita interrogantes sobre su propósito y sobre el tipo de autoridad central fuerte cuya construcción seguramente requirió. Aunque la agricultura parece la explicación más obvia, no pueden descartarse completamente motivos rituales. Sus constructores compartieron una manía por el movimiento de tierra que, en cierta manera, puede relacionarlos con otras culturas tan apartadas como las de México o Bolivia, e incluso con la de los constructores de terraplenes del valle del Mississippi. Nuestra suposición inicial de que los camellones se hicieron para mejorar el drenaje de cultivos de yuca o maíz puede ser demasiado simplista. En la estación seca bien pudo existir suficiente humedad del suelo en las depresiones que separan los camellones entre sí para permitir la práctica de un sistema agrícola de dos cosechas, de modo que las superficies realzadas se cultivaban alternadamente con las deprimidas. La sugerencia de que estos rasgos artificiales puedan haber servido de trampas para pesca o estanques piscícolas, es insostenible. Algunos han estado también tentados a relacionar los camellones con seres extraterrestres. Por el momento, seguimos asociando el fenómeno con actividades agrícolas, aunque queda la duda de ¿por qué esfuerzos tan gigantescos para utilidades presumiblemente modestas?

Rasgos similares se han descubierto subsiguientemente en otras áreas de los trópicos americanos, en Ecuador, los Llanos de Venezuela, Surinam, la Península de Yucatán y aún en las altas mesetas andinas del Lago de Titicaca y la Sabana de Bogotá (Parsons y Denevan 1961; Denevan 1966, 1963; Smith, Denevan y Hamilton 1968; Parsons 1969; Siemens y Poulsen 1972; Zucchi y Denevan 1974; Turner II 1974). Ahora se está tratando de establecer los parámetros de la época de su construcción. Recientes dataciones con C-14 de material orgánico asociado a suelos sepultados en los camellones del San Jorge sugieren que éstos probablemente se construyeron en los trescientos años inmediatamente anteriores a la llegada de los europeos (1200-1500 d. C). La labor, sin embargo, se complica por una muy acelerada tasa de sedimentación asociada con el desmonte de las vertientes superiores del Cauca y San Jorge, la cual parece haber ya obliterado extensas áreas de camellones. En las épocas de mínimo caudal, algunos camellones y depresiones

profundamente enterrados bajo aluvión han quedado expuestos en perfil a lo largo del San Jorge y los tributarios que erosionan lateralmente. En la Depresión de Mompo, donde confluyen el Magdalena, Cauca y San Jorge, se ha detectado un muy rápido hundimiento isostático, con una tasa que excede un metro cada doscientos años cerca del centro de la cubeta (INDERENA 1974b). ¡Quién sabe qué extensiones adicionales de campos de camellones yacen sepultados allí, o cuánta gente y tiempo costó construirlos!

Usos actuales de las llanuras de inundación

Las agencias del gobierno colombiano a cargo de la reforma agraria y desarrollo rural han visto los campos de camellones como un posible método para intensificar el uso del suelo en estos aluviones fértiles. Quizás la mejor y más extensa reserva de suelos agrícolas de primera clase en el país la constituye la vasta planicie inundable del valle inferior del Magdalena; pero las inundaciones periódicas en gran medida limitan su utilización a pastoreo estacional. Desde el siglo XVIII, la industria ganadera ha dependido aquí de un sistema clásico de trashumancia mediante el cual los rebaños pasan la estación seca en las ciénagas donde aguas y pastos son abundantes, para luego ser transferidos a terrenos más altos de la sabana del oeste durante el período lluvioso, cuando la mayor parte de las tierras bajas se convierten en un mar somero (Wilhelmy 1968; Parsons 1952). Durante las épocas de inundación casi los únicos terrenos secos son los diques naturales y algún ocasional terraplén o camellón indio. La mayoría de los hacendados en esta parte de Colombia operan en dos propiedades, una en las ciénagas y la otra en las sabanas más altas, dividiendo el año en dos épocas aproximadamente iguales de pastoreo alternado. La movilización por tierra es difícil durante los meses secos e imposible durante los lluviosos. La mayor parte del año el caballo y el jeep son sustituidos por canoas con motores fuera de borda, conocidos como "Johnsons" sin consideración a la marca. Hay un servicio diario de lancha entre los poblados de los *levees* [bancos naturales] y el puerto de Magangué, hacia el norte, sobre el Magdalena. El papel del centro de mercadeo de este pueblo lo desempeñó en otra época Mompo, cuando el brazo principal del Magdalena ocupaba un cauce oriental ahora casi completamente abandonado. Mompo fue una de las más importantes ciudades de la Nueva Granada durante la era colonial; hoy yace varada sobre un brazo menor del gran río, sin ninguna razón de existencia, gloriándose en su ilustre pasado.

Ahora se están realizando estudios de un plan maestro para controlar y usar las aguas de la cuenca Magdalena-Cauca y para poner en uso más productivo los dos millones de hectáreas de la depresión que están anualmente sujetos a inundaciones destructivas (INDERENA 1974a). Los fértiles suelos aluviales de los alrededores de la confluencia del Cauca y el Magdalena tienen una posición geográfica privilegiada respecto tanto de mercados como de transporte y ya están ocupados por pequeñas comunidades de campesinos y pescadores. El área posee al menos una mínima infraestructura económica que podría incrementarse fácilmente.

Solamente entre el bajo Cauca y el San Jorge hay medio millón de hectáreas de suelos aluviales recientes. Los desmontes de selva en la cordillera han inducido inundaciones cada vez más destructivas. En su curso bajo, el Cauca puede hoy rebosar sus bancos cualquier mes entre mayo y noviembre. Cuando esto ocurre las aguas salidas de madre se desparraman al norte a través de la llanura baja hacia el San Jorge, encauzadas por un número de caños distributarios de la orilla izquierda. Dos de estos, el navegable Caño Mojana y el Caño Panseguita, captan el mayor volumen de aguas. El terreno más alto de los diques u orillas levantadas es entonces el único piso seco.

El agua demasiada o muy poca, es cuestión de vida o muerte en estas tierras tan poco conocidas para la mayoría de los colombianos. Es particularmente durante los meses de inundación cuando las tensiones se acrecientan. Cada vez más frecuentemente las alteraciones en el flujo de los cauces o roturas del banco de la orilla izquierda, abajo de Caucasia, son originados de manera intencional. Existe un cúmulo de leyendas relacionadas con desviaciones subrepticias del cauce o destrucción del dique natural con dinamita, que reflejan intensas e inveteradas rivalidades

intercomunitarias. Un dique volado para proteger una aldea puede significar inundación y devastación para otra. A menudo la revancha no se hace esperar.

El plan original de puesta en uso del bajo Cauca contempló la construcción de un dique artificial de 110 kilómetros a lo largo de la ribera izquierda del río. De seguro esto habría agravado los problemas de inundación. Según se desprende de estudios más recientes hechos por un consorcio colombo-holandés, el movimiento de tierra en gran escala y el control del cauce son ahora imprácticos en consideración a la rápida tasa de subsidencia isostática descubierta en la región (INDERENA, 1974a-b). Ahora se está planeando una serie de proyectos más pequeños según los cuales áreas de menor extensión serían utilizadas como *polders* de cinco a diez años, para ser reemplazadas por otros, en una suerte de uso por sistema rotatorio. Con todo, los problemas de ingeniería siguen siendo formidables. Y ello mueve al respeto por la ingeniosidad de aquellos precolombinos que dejaron los camellones como evidencia de que el hombre puede vivir con alguna densidad en este ambiente de planicie inundable utilizando una tecnología de baja energía y aparentemente con riesgos ecológicos mínimos.

Recursos acuáticos y aviarios

Probablemente algunos de los asentamientos agrícolas más antiguos del Nuevo Mundo fueron los situados a lo largo de costas y ríos en el norte de Colombia. La evidencia de su antigüedad se deriva en parte de cronología C-14 y en parte de la circunstancia de existir allí una fauna acuática extraordinariamente rica, que pudo haber sido explotada con facilidad por el hombre primitivo.¹ El sistema de corrientes, canales y ciénagas, la mayoría de los cuales están interconectados, algunos directamente con el mar, es enormemente complejo. Pocos lugares de la tierra tienen tanta abundancia de aves acuáticas durante todo el año como esta región. Una especie, la cerceta de alas azules, es una migrante invernal de Estados Unidos y Canadá; las otras son residentes permanentes. El manatí, chigüiro, iguana, agutí, tortuga, caimán y babilla, lo mismo que numerosos peces de agua dulce, proveyeron una base proteínica de extraordinaria abundancia y diversidad. Estas especies han estado sometidas recientemente a intensa explotación comercial, aunque en la actualidad las prohibiciones para importación de sus pieles a Europa y Norteamérica han empezado a terminar los mercados de exportación. El sistema del bajo Magdalena es probablemente la reserva piscícola de aguas interiores más bien desarrollada de América del Sur. El mayor volumen de pesca es capturado durante las grandes *subiendas* de bocachico cada enero, febrero y marzo, algo disminuidas los últimos años por sobreexplotación y polución (Dahl 1971). Hasta ahora las regulaciones de pesca han resultado inefectivas e inaplicables. Como resultado, la industria pesquera parece condenada a la ruina.

La población avícola residente en el noroeste de Colombia es notablemente diversa. Por ejemplo, en la cuenca super-húmeda del Atrato se encuentran aisladas especies propias de la selva pluvial de procedencia amazónica, que solamente pudieron circundar las estribaciones septentrionales de los Andes para migrar hasta allí bajo condiciones climáticas mucho más húmedas que las actuales. Junto con otras evidencias, como las de rastros palinológicos y rasgos erosivos fósiles, lo anterior sugiere un desplazamiento sustancial de las franjas climáticas que bien puede haber sido significativo en el desarrollo de las más antiguas migraciones humanas a Sudamérica. Se contempla la posibilidad de que haya ocurrido tanto un descenso del nivel del mar como un desplazamiento de la franja ecuatorial de alta precipitación. Pocos temas son más importantes que este para la historia humana de las Américas, ni más atractivos para análisis biogeográfico (Haffer 1967, 1970).

De la selva al pastizal

En Colombia, como en Norteamérica, el hacha ha sido el símbolo del pionero, la selva vista como un enemigo al que hay que domeñar. Hace treinta años las tierras altas de Antioquia ya estaban ampliamente desmontadas, a excepción de las áreas plantadas con café de sombrero. Lo mismo ocurre

hoy en la mayoría de las zonas circundantes de la tierra caliente. La erosión del suelo, incluyendo destructivas corrientes de barro y deslizamientos, gradualmente ha aumentado la turbidez de los ríos y acelerado las tasas de acumulación de depósitos en las planicies de inundación (Shlemon 1970). A la desolación ha contribuido adicionalmente la minería hidráulica. Hace poco se emprendió un programa masivo de reforestación con ayuda del Banco Mundial, que tiene como meta el establecimiento de coníferas exóticas centroamericanas en unas 100.000 hectáreas de las montañas cercanas a Medellín. Se espera que el proyecto genere empleo para unos 10.000 trabajadores. De esta manera, la apariencia total del paisaje de los alrededores de la ciudad está siendo drásticamente alterada. "El sentido de la manipulación correcta de la naturaleza", como Archie Carr lo anota, "es una virtud madura que viene mucho después del calzado, las vitaminas y las bicicletas" (Carr 1964), y está llegando tardíamente a Colombia. Lo que hace viable el programa de reforestación en las montañas de Antioquia es la existencia de un mercado para pulpa de papel y madera. ¿Pagará?

En las tierras bajas lluviosas lo que paga es la remoción de la selva, más comúnmente para hacer campo a la ganadería. La actual población de ganado de carne en Colombia es comparable con su población humana – cada una de aproximadamente 25 millones. En los dos departamentos costeros que incluyen los valles del Sinú y San Jorge, la proporción de ganados con humanos es de cerca de seis a uno. En las tierras calientes periféricas del departamento de Antioquia, en Urabá, el bajo Cauca y el Magdalena medio las proporciones son similares (Kalmanovitz 1972).

El incremento de la población ganadera se ha facilitado por el uso generalizado de pastos artificiales, casi todos de procedencia africana (Parsons 1970,1972). Especialmente notables al respecto son los pastos guinea (*Panicum maximum*), pará (*Brachiaria mutica*), puntero (*Hyparrhenia rufa*), y, más recientemente, los pastos pangola (*Digitaria sp.*) y estrella africana (*Cynodon sp.*). En las laderas andinas el pasto yaraguá (*Melinis minutiflora*) y – a mayores alturas – el kikuyo (*Penisetum clandestinum*) han jugado un papel similar. La mayoría de estos pastos son fuertemente invasivos. Su introducción relativamente reciente a la costa norte de Colombia, como en otras regiones de América tropical, junto con la difusión de cercas de alambre de púas y pastoreo rotativo, han sido las bases de una auténtica revolución agropecuaria que todavía se encuentra en pleno desenvolvimiento.

Otro aspecto de la modernización de las tierras bajas de la costa norte ha sido el desarrollo rápido de la agricultura comercial mecanizada. El valle del Sinú, durante mucho tiempo un rincón desconocido y misterioso, se ha convertido en uno de los principales distritos agrícolas de Colombia en sólo treinta años (Gordon 1957; Parsons 1952). En una época esa región era más conocida por extranjeros que por colombianos del interior. Una compañía norteamericana había explotado sus caobas y cedros y también había tenido lugar un intento fallido por establecer una planta exportadora de carne. Las esperanzas de descubrir grandes depósitos de petróleo nunca se materializaron, aunque un pequeño campo de gas natural descubierto cerca de San Marcos suministraba la materia prima para las nuevas industrias petroquímicas de Cartagena. Al final, el soporte de la modernización del Sinú, centrada especialmente en Montería, descansa en la agricultura comercial. El principal cultivo es el algodón (la producción de las 16.000 hectáreas en Córdoba en 1975-76 fue de 36.000 pacas), pero cuando el mercado se debilita ocurre un desplazamiento hacia cultivos de arroz y sorgo. Los principales factores limitantes del desarrollo agrícola han sido las plagas y las inundaciones. La excesiva dependencia en pesticidas para algodón – hasta dieciocho aplicaciones por año se han registrado – se ha reemplazado gradualmente por un programa integrado de control de plagas, con la consiguiente rápida reducción en el número necesario de fumigaciones. La peor inundación de que se tenga noticia devastó el área de Montería en septiembre de 1975. Otras han ocurrido antes con intervalos de doce a trece años. Una serie de cinco represas en el alto Sinú propuestas por la Corporación de Electricidad de la Costa (CORELCA) podría aliviar en parte este problema.

Nuevas salidas hacia la Costa

Para los ejecutivos oficiales de Bogotá en trance de encontrar medios para reducir la brecha entre los niveles de vida de las ciudades y las áreas rurales, la agencia de planificación integrada de la

cuenca fluvial, que se diseñó según el modelo de la TVA (Tennessee Valley Authority), tiene mucha atracción. Un estudio preparado bajo la dirección del economista de origen canadiense Lauchlin Currie, en 1960, condujo al establecimiento de una corporación regional autónoma de desarrollo para los valles del Magdalena y del Sinú (Currie 1960). Las metas del Informe Currie incluían especialmente una industria ganadera para exportación en estas olvidadas tierras, y el establecimiento de medidas efectivas de control de inundaciones. En ese tiempo se estimó que el 80% del área utilizada estaba en pastos. El nuevo ferrocarril del Atlántico, diseñado para unificar la red nacional de comunicaciones y para proveer el primer enlace ferroviario entre la costa del Caribe y Bogotá, se había concluido cinco años atrás y cambios sustanciales en los usos del suelo eran ya claramente evidentes.

La prolongación de la red de carreteras se contemplaba también como un importante catalizador en el desarrollo económico de las llanuras costeras del norte. Hace treinta años la carretera de Medellín hacia el norte llegaba apenas hasta el río Cauca, arriba de la moderna Cauca. Más allá quedaba la selva tropical, cuya continuidad sólo era rota por parches de sabana edáfica o por ocasionales claros hechos por el hombre. En el área de Montería, conectada con Medellín por servicio aéreo, los capitalistas antioqueños ya eran conspicuos y el ambiente estaba agitado por una campaña en pro de la creación de un nuevo departamento que debería llamarse Córdoba – en honor del patriota de origen antioqueño – con el ánimo de librar la región de la influencia política de Cartagena. En Planeta Rica había un nuevo aeropuerto y un matadero desde el cual se despachaban a Medellín viajes diarios de carne refrigerada.

En 1962 se completaron los 680 kilómetros de la Carretera Troncal de Occidente que une a Medellín con la costa en Cartagena. Esta vía está hoy totalmente pavimentada y sirve un tráfico de unos 1.000 camiones diariamente en cada sentido. La población del municipio antioqueño de Cauca en el bajo Cauca (35.000) se ha multiplicado por diez desde el censo de 1951 (Guhl 1976). Montería se ha transformado de un pueblo ribereño unido con Cartagena sólo por lentas barcazas del Sinú, en una capital provincial de 90.000 habitantes (censo de 1973). Los nuevos departamentos de Córdoba (645.000) y Sucre (189.000) se sustrajeron de la jurisdicción de Cartagena (García 1975; IGAC 1969). Mientras que la comunicación de Montería a Medellín hace treinta años era sólo posible por avión, hoy se conectan por una carretera de primera importancia. El paisaje selvático de antaño está ahora totalmente reemplazado por pastos o campos de cultivo. Las playas arenosas de las aldeas costeras de Tolú y Coveñas, junto con Cartagena, se han transformado en centros turísticos. Antioquia ha emprendido su propio desarrollo en playas caribeñas en Arboletes, aunque allí se llega todavía más fácilmente en pequeños aviones.

Una colonización similar y aún más dramática de nuevas tierras ha tenido lugar en las tierras bajas lluviosas del Golfo de Urabá, en dirección a Panamá, región donde Antioquia adquirió por puro accidente histórico un corredor hacia el mar (Parsons 1967). Los capitalistas de Medellín han visto este corredor como la base para una salida potencial a su café y sus excedentes manufactureros. Cuando yo visité el área por primera vez en 1947, el camino que transmontaba la Cordillera Occidental con el nombre de Carretera al Mar llegaba apenas hasta la estación experimental de caucho, en Villa Arteaga, donde la precipitación anual excede los 3.500 mm. y no hay realmente una estación seca. Turbo era un puerto misérrimo de madereros, situado sobre las aguas someras y turbias del Golfo, una parada de emergencia de la aerolínea UMCA que volaba entre Panamá y Medellín. Fue en 1954 cuando los primeros vehículos llegaron a la costa de Urabá por los tortuosos 350 kilómetros de carretera montañosa, aunque numerosos puentes inconclusos continúan presentando problemas. Seis años después, la United Fruit Company, seriamente afectada por vendavales y problemas laborales en sus plantaciones de Santa Marta, se trasladó al área de Urabá a poner en práctica un concepto radicalmente nuevo de economía bananera. En vez de producir fruta en sus propias plantaciones, la compañía se convirtió allí en contratista y compradora, otorgando crédito fácil a inversionistas del interior, a los cuales a la vez otorgaba una garantía de mercado para el banano producido. Los embarques de fruta empezaron en 1964. La compañía proveyó carretables de penetración, canales de drenaje, asistencia técnica, helicópteros para fumigación contra la enfermedad de la Sigatoka y aún clones de la variedad Gros Michel. La población de los municipios antioqueños en Urabá aumentó de 14.435 en 1951 a 126.406 en el censo de 1973, y continúa

creciendo rápidamente. Hoy es uno de los cuatro o cinco principales distritos productores de banano en el mundo. El programa de "productor asociado" se ha convertido en un modelo para la compañía frutera – ahora llamada United Brands – en otras áreas bananeras. Un plantío de 3.000 hectáreas de palma africana en la hacienda Coldesa, operada cerca de Turbo por intereses holandeses, originalmente diezmada por hongos, fue replantada con un híbrido resistente a las enfermedades, obtenido del cruzamiento de palma africana (*Elaeis sp.*) y la especie afín *Corozo oleifera*, nativa de los trópicos húmedos de Sur y Centroamérica, aparentemente con resultados muy alentadores. La marihuana, cultivada clandestinamente para contrabando hacia los Estados Unidos, es una importante fuente de dinero para los colonos de los distritos montañosos más remotos, donde la tala de la selva aún prosigue. En Urabá se presentan todos los problemas de una frontera tropical – concentración de propiedades, infraestructura inadecuada, incertidumbre de títulos sobre la tierra, y los demás –pero después de diez años la economía bananera continúa en bonanza y los promotores del desarrollo todavía mantienen la esperanza de construir allí un puerto importante del Caribe, como la propia salida de Antioquia al mundo atlántico (Goldhaber 1975).

Las nuevas carreteras de Medellín al mar e incluso la autopista que está siendo construida hacia el sudeste en dirección al río Magdalena y Bogotá, tienen un cierto paralelo con las carreteras de penetración que en otras regiones descienden de los Andes a los bajoplanos tropicales orientales (Crist y Nissly 1973). Estas vías han sido generadores importantes de migración y asentamientos de tierras bajas, pero las que se originan en las montañas antioqueñas sirven de rutas de desembotellamiento, a manera de vitrinas sobre el mundo del Atlántico, en vez de terminar en *cul de sacs* como las otras de la selva amazónica. Por supuesto, no se trata aquí de supercarreteras (la conservación de vías en un problema mayor), sino de rutas de doble vía que encauzan un tráfico comercial considerable en dos direcciones. Como consecuencia, el desarrollo de las áreas por las cuales pasan estas carreteras depende tanto de la localización ventajosa como de la productividad del suelo. Aquí los procesos de desbroce de la selva y asentamiento han sido mucho más rápidos, la eliminación del paludismo mucho más decidida y el establecimiento de una infraestructura viable más fácil que en los casos de colonización de áreas de tierra caliente al este de los Andes.

El "Tapón del Darién"

La única interrupción del sistema de la Carretera Panamericana lo constituye el sector ocupado por la casi impenetrable selva tropical del extremo sur del Istmo de Panamá, junto con los pantanos adyacentes del Atrato, en Colombia. Ello ocurre a pesar de la proximidad del formidable complejo tecnológico representado por la organización que opera el Canal de Panamá y las vastas investigaciones recientes para establecer la alternativa de un segundo canal transistmico, bien en el sudeste de Panamá o en Colombia. Intereses medellinenses han propuesto un servicio de *ferry* de 90 kilómetros entre Colón y Turbo para salvar el "Tapón del Darién", pero por barreras diplomáticas esta solución provisional no ha podido ser adoptada. Mientras tanto la construcción de la carretera permanece parada. La ayuda financiera norteamericana, ya aprobada, está condicionada a un detallado análisis del impacto ambiental de la vía. Existe la preocupación de que Centroamérica quedaría completamente expuesta a la difusión de la fiebre aftosa y otros patógenos cuando se abra una ruta terrestre, y de que la misma significará también la destrucción del ecosistema casi virgen de selva tropical y de las dispersas poblaciones indígenas de la región (Hanbury-Tenison y Burton 1973; Soles 1972; U.S. Department of Transportation 1974). Como otra alternativa compromisoria se está urgiendo la construcción de una ruta terrestre más fácil y corta a lo largo de la costa de San Blas, complementada por un *ferry* a Turbo a través del Golfo de Urabá, pero el proyecto se ha visto bloqueado por terratenientes políticamente poderosos en Panamá y por inercia burocrática. Cuando la Carretera Panamericana se complete, como eventualmente ocurrirá, el tráfico que se anticipa hacia el continente suramericano se encauzará totalmente por el noroeste de Colombia. La proyectada carretera litoral (Ramal del Caribe) que conecte la Panamericana con Cartagena, Barranquilla, Maracaibo y Caracas, probablemente complementará la actual ruta tortuosa a Medellín, a través de terreno montañoso, incorporando así el prospecto de otra orientación geográficamente revolucionaria de la economía regional.

Electricidad y oro

El temprano desarrollo industrial de Medellín, dependiente en gran medida de los textiles, se facilitó por la disponibilidad de energía hidráulica. La energía sigue siendo abundante y barata. Medellín consume diariamente tanta electricidad como la mitad de lo que usa la mucho más grande Bogotá. Las Empresas Públicas de Medellín han desarrollado grandes complejos hidroeléctricos tanto al este como al oeste del área metropolitana, en Guadalupe y Guatapé, los cuales tienen en conjunto una capacidad instalada de cerca de un millón de kilowatios. En el esquema del río Samaná se proyecta incorporar una capacidad adicional de un millón y medio de kilowatios. Más aún, se dispone para futuros desarrollos de otros sitios propicios en estas montañas lluviosas, especialmente en el profundo cañón del río Cauca que corta los remates septentrionales del batolito antioqueño. En este cañón los planes preliminares prevén eventualmente seis represas mayores con un pasmoso potencial de diez millones de kilowatios, o sea el equivalente de cinco Grand Coulees. Cuando se complete el complejo de represas planeadas en el alto Sinú, se agregará otro millón y medio de kilowatios, energía que en su mayor parte ya está comprometida para operar el gran proyecto de minería y fundición de níquel de Cerro Matoso, en la cuenca del alto San Jorge, donde la Hanna Mining Co., en asociación con el gobierno colombiano, está en trance de explotar una reserva laterítica de mineral de níquel de sesenta y cinco millones de toneladas. Como subproductos se beneficiarán minerales de hierro y cobalto. En 1978 se contemplaba la iniciación de este proyecto de 88 millones de dólares, probablemente con participación japonesa. Tal empresa promete otras grandes reverberaciones económicas a lo largo y ancho de la región.

La minería del oro indujo al poblamiento inicial de Antioquia y, junto con el saqueo de tumbas indígenas (guaquería), mantuvo durante largo tiempo su economía. Los depósitos auríferos de las gravas de los bancos altos y de filones del batolito granítico, se aumentaron considerablemente con los de gravas de playones recientes en la tierra caliente, especialmente en el bajo Cauca y río Nechí, en las cercanías de Cáceres y Zaragoza (Parsons 1949; West 1952). En el siglo actual estas ricas gravas han sido explotadas por intereses norteamericanos, especialmente en el bajo Nechí, donde aún excavan cinco dragas gigantes, ahora de propiedad colombiana (Shlemon y Phelps 1971). El renacimiento de toda el área en estos días es el resultado de la súbita escalada en los precios del oro. Las operaciones hidráulicas y lavado en pequeña escala han proliferado; también ha retornado el mazamorreo, o separación manual de partículas de oro de la arena mediante bateas de madera. En unos potreros cercanos a Caucasia se levantaban en 1975 los campamentos de unos 5.000 *barequeros* dedicados a esa actividad. Diariamente estos mineros recuperan el equivalente a \$2 a 5 dólares en oro, lo cual es sustancialmente mejor que las pagas usuales dadas a jornaleros de los ranchos ganaderos. Con los altos precios del oro, el lavado o mazamorreo de gravas auríferas productivas se ha convertido en un muy atractivo prospecto económico en el sector campesino. Es la Fiebre del Oro al estilo del Mother Lode de California, de nuevo completamente en su marcha.

Antioquia contemporánea

Para volver al caso de los antioqueños contemporáneos, es de observar que su departamento, durante tanto tiempo el campanero de la economía colombiana, está ahora perdiendo terreno (Restrepo Uribe 1964; Gilbert 1974; Ibiza de Restrepo 1975). En la actividad manufacturera ya ha sido sobrepasado por Bogotá, y Cali le está disputando seriamente el segundo lugar. El estancamiento económico, la desintegración social y el deterioro ambiental eran una parte de la "realidad antioqueña" de mediados de la década de los 70, en tanto que la población del valle de Medellín alcanzaba el millón y medio de habitantes. Las disparidades brutas de riqueza, ingreso e influencia reinantes entre la metrópoli y los empobrecidos municipios rurales, siguen siendo profundamente molestas. En este respecto se encuentra en desarrollo un notable proceso de autoanálisis y autocrítica organizado por grupos privados cívicos, eclesiásticos e industriales, con el común denominador de Acción para el Desarrollo de Antioquia (ADA 1974a, 1974b). Entre los problemas prioritarios en estudio se encuentran el futuro de la industria manufacturera, como motor de la economía departamental; el rezago del sector agrícola de las zonas montañosas, con su excesiva dependencia en el café; la captación del nuevo dinamismo de las tierras bajas periféricas; y la concentración continuada de gentes y actividades en el valle constreñido topográficamente

que ocupa la aglomeración metropolitana de Medellín, tendencia que se ha constituido en una seria amenaza para la calidad de la vida regional. Secuelas de tan compleja problemática son los dramáticos incrementos de la violencia rural, los secuestros y la expansión constante del sector de la población urbana económica y socialmente marginada. Como alternativa se ha propuesto el establecimiento de una nueva ciudad satélite mayor en Rionegro o en la alta meseta de Oriente, la cual estaría unida con Medellín por un túnel inclinado de seis kilómetros, o en las tierras bajas orientales a lo largo del río Magdalena (El Colombiano 1975). Lo único que no se ha confrontado descarnadamente es el crecimiento constante e inexorable de la población departamental, casi exclusivamente atribuible a sus altas tasas de incremento natural.

Por primera vez se admite que el aislamiento de Antioquia del resto del país, en términos psicológicos y socioeconómicos, lo mismo que físicamente, puede estar empezando a cobrar consecuencias. Muy pocos amigos han ganado los antioqueños con el aire de autosuficiencia y persistentes demandas de autonomía regional que han caracterizado la tradicional sociedad cerrada de la capital de la Montaña. Una mentalidad obstinadamente renuente a las influencias externas, tanto del extranjero como de otras regiones colombianas, especialmente de la capital, se ha trocado cada vez más en carácter francamente contraproducente en un mundo de relaciones y mercados nacionales e internacionales en expansión como el actual. Estas cuestiones se están enfrentando ahora con osadía en cuanto que el bien conocido genio creativo y organizacional de los antioqueños ha sido retado una vez más para responder a un conjunto inesperado y desconocido de circunstancias. Las proclamas por una "Antioquia independiente" aún se escuchan, pero tienen relativamente pocos seguidores (Restrepo Uribe 1972).

De regreso

En mi esquina de la América del Sur, como sospecho ocurre en cualquiera otra parte, al final todo se liga con lo demás. He descubierto que siempre paga retornar a un área, a un pueblo. Me he percatado de que fenómenos o relaciones significativas, cosas que al principio se pasaron por alto o cuya importancia no fue originalmente valorada, a la postre se presentan a sí mismos. Por experiencia sé que estos eslabonamientos se descubren casi siempre accidentalmente. Rara vez son del tipo que uno pueda intuir en el gabinete de trabajo. Las visitas repetidas y una creciente familiaridad con una región continuamente agrandan nuestro ámbito de visión y preocupación. Se ve, escucha o lee algo nuevo, algo fuera de lugar, algo irregular que lo mueve a uno a investigar más. Puede ocurrir que en este proceso sigamos rutas equivocadas o que nos adentremos en muchos callejones sin salida, pero si se persiste y tiene suerte, las recompensas con las que soñamos pueden esperarnos en alguna parte. Las experiencias, las relaciones con gentes logradas sobre la marcha, convierten la geografía en algo realmente divertido. Uno aprende a estar al tanto de todo, a desenvolverse con soltura en bibliotecas y archivos, a utilizar los periódicos locales que a menudo son fuentes ricas en información, a saber quiénes conocen bien su área y quiénes son los "geógrafos" de corazón, con su acervo de conocimiento local y perspicacia por encima del común de las gentes. Con tal compañía el tiempo vuela. La vida se vuelve digna de ser vivida. Como dice el "Don Juan" de Carlos Castañeda, vamos a permanecer en este mundo estupendo, aterrador e insondable sólo por un corto tiempo, demasiado breve para poder ver todas sus maravillas. Hemos de aprender, pues, a hacer que todo cuente, aún si a veces esto nos obligue a asumir riesgos, a vivir peligrosamente.

Área como concepto integrador

Para mí, por lo menos, todo esto encaja en la noción de lugar, en área como concepto integrador, en la supremacía de los datos geográficos observados por encima de cualquier pirámide de deducciones o teorías formales, no importa el poderío del aparato en que se apoyen. Por su naturaleza, la geografía nos puede conducir más allá de las generalizaciones al conocimiento más exacto de la interacción del hombre y su medio ambiente. Ahora estamos aprendiendo que la diversidad parece ser una fuerza estabilizadora de primera importancia en el orden natural y probablemente también en el orden social. Es esto algo para analizar y entender, no un asunto del que se pueda prescindir. Lo que es más, el interés en lo singular

puede ser el incentivo de reclutamiento individual más importante de que dispongamos para atraer estudiantes a la geografía. Hemos de estar prevenidos contra quienes aspiran a lavarnos el cerebro en el sentido de que aquello es algo vergonzoso o secundario y que únicamente las generalizaciones o la teoría merecen esfuerzo y respeto.

Aquel enfoque, por supuesto, toma tiempo, acceso a un mínimo de viajes, dinero (y aquí una inclinación personal en honor de mi propia Universidad y de la Oficina de Investigaciones Navales, por su ayuda), y quizás una propensión perversa por hacer duro el trabajo. El usufructuar la cuota personal de buena fortuna puede también ayudar, quizás empezando con un acierto en la selección del área de trabajo. En una revisión autobiográfica de su propia carrera etnográfica en el campo, Rosalie Wax observa que "lo más valioso que un investigador puede llevar consigo al campo es buena suerte" (Wax 1971: 268, citada por Friberg 1975:15). La suerte, sugiere ella, es un don de los dioses y no es adquirible mediante determinación o estudio. Una parte de ese conjunto de circunstancias es encontrarse uno en el lugar apropiado al tiempo preciso, aunque también es bueno estar consciente de que se está allí. La siguiente cosa más útil para llevar al campo, agrega Wax, es inteligencia, manifestada como sentido común, sagacidad y flexibilidad – la propiedad de tenerlas todas consigo en función de mente alerta. "Yo no puedo enseñarle a un estudiante cómo adquirir o desarrollar el ingenio" – escribe ella – "pero puedo decirle esto: que si él no tiene enteramente despabilada su capacidad de juicio mientras está en el campo, lo más probable será que la oportunidad de ejercitar cualquiera de sus otros atributos o virtudes le sea esquivada".

En nuestro empeño por descubrir sendas de mayor discernimiento enseñando o escribiendo, haríamos bien en no olvidar que nuestra disciplina arraigó originalmente en la observación comparativa y análisis de lugares. La experiencia de campo que tal geografía inevitablemente impone tiene la virtud especial de apartarnos muy decisivamente de caer en el atolladero de la metodología y las definiciones de nuestro campo de estudio, y nos saca otra vez al aire libre. Eso reafirma el espíritu de aventura geográfica y la validez de la observación personal y del conocimiento intuitivo. Así se puede estimular la integración de los grandes temas generales, el tejer, por así decirlo, hilos diferentes en un tapiz de tierra y vida, en un contexto regional que es a la vez satisfactorio y útil (Leighly 1963; Meinig 1971; Hooson 1972). Supongo que ese enfoque nos hace tan humanistas e historiadores como científicos. Pero justamente puede ocurrir que tal forma de conocimiento y la comprensión que de él se derive es lo que el futuro más deseará y esperará de los geógrafos. Yo, por lo menos, detecto una corriente fluyendo en tal sentido. Tengo la esperanza de estar en lo cierto y que los geógrafos del porvenir tendrán la oportunidad de experimentar la alegría que brindan la exploración y el descubrimiento, tareas que han sido una de las fuentes de fortaleza de nuestra disciplina desde la Antigüedad.

Notas

¹ Hace tiempo Carl Sauer hizo énfasis en el significado de hábitats ribereños y recursos acuáticos como factores propicios para el establecimiento de comunidades sedentarias (Sauer 1952; véase también Reichel-Dolmatoff 1965, y Lathrap 1966).

ABSTRACT. *Gold placers attracted initial Spanish settlement to the Antioquia highlands of northwest Colombia. Here there evolved a distinctive culture group, centering on Medellín, that in the nineteenth century fanned out to establish numerous pioneer fronts on Andean slopes. Change has been continuous. Recently, Antioqueño colonization has been directed towards the northern tropical lowlands. Medellín, despite locational disadvantages, has become a major industrial center. Through example the author argues for the integrative values of area studies and the significance and rewards of field observation in geography.*

Key words: Colombia – Antioquia's settlement – Darien gap – tropical rural development – historical geography
regional geography – field work – education of geographers

Referencias

[ADA] 1974a. *Antioquia en Urabá*. Medellín, Acción para el Desarrollo de Antioquia.

- [ADA] 1974b. *Encuentro de Quirama*. Medellín, Acción para el Desarrollo de Antioquia.
- Carr, A. 1964. *Ulendo: Travels of a naturalist in and out of Africa*. New York, Knopf.
- Chevalier, F. 1973. Les origines d'un pôle de développement industriel, por une étude globale du cas de Medellín, Colombia. *Mélanges de la Casa de Velásquez* [Madrid], vol. 9, 633-51.
- Crist, Raymond C., and Nissly, C. M. 1973. *East from the Andes: Pioneer settlements in the South American hearthland*. Gainesville, University of Florida, Social Science Research Monograph 50.
- Currie, Lauchlin, et al. 1960. *Programa de desarrollo económico del Valle del Magdalena y norte de Colombia* (Informe de una Misión Dirigida por Lauchlin Currie, según Contrato con Robert R. Nathan Associates, Inc., Washington, D.C.). Bogotá, Editorial Argra.
- Dahl, G. 1971. *Los peces del norte de Colombia*. Bogotá, Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales (INDERENA).
- Denevan, William M. 1963. Additional comments on the earthworks of Mojos, northeast Bolivia, *American Antiquity*, vol. 28, 540-45.
- Denevan, William M. 1966. The aboriginal geography of the Llanos de Mojos of Bolivia. *Ibero-Americana*, vol. 48.
- Deuel, L. 1969. *Flights into yesterday -- the story of aerial archaeology*. New York, St. Martin's Press.
- El Colombiano. 1975. El túnel de Rionegro, obra nacional. *El Colombiano* [Medellín], 21 de mayo.
- Fajardo, L. 1968. *The protestant ethic of the Antioqueños?* Cali, Universidad del Valle, Ediciones Departamento de Sociología.
- Friberg, J. C. 1975. Field techniques and the training of the American geographer, Syracuse, *Discussion Paper Series* N° 5, Department of Geography, Syracuse University.
- García, S. 1975. *Geografía del departamento de Córdoba*. Medellín, Bedout.
- Gilbert, Alan. 1974. A note on the incidence of development in the vicinity of a growth centre. En: *Proceedings of the Conference of Latin Americanist Geographers* (Boca Raton, Florida, December), 35-50.
- Goldhaber, S. Z. 1975. Medicine without frills: A rural hospital in Colombia. *Science*, vol. 189, 1067-71.
- Gordon, B. L. 1957. The human ecology of the Sinú country of Colombia. *Ibero-Americana*, vol. 39.
- Guhl, Ernesto. 1966. Anotaciones sobre población, poblamiento, posición y estructura demográfica en Colombia. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, vol. 12, 377-90.
- Haffer, J. 1967. Speciation of Colombian forest birds west of the Andes. *American Museum Novitates*, N° 2294.
- Haffer, J. 1970. Geologic-climatic history and zoogeographical significance of the Urabá region in northwestern Colombia. *Caldasia*, vol. 10, 603-36.
- Hagen, E. F. 1962. The transition in Colombia. En: *On the theory of social change* (Homewood, IL., Dorsey Press), chapter 15.
- Hanbury-Tenison, A. R. and Burton, P. J. K. 1973. Should the Darién Gap be closed? *Geographical Journal*, vol. 139, 43-52.

- Hooson, David. 1972. Rejuvenating regional geography: Ends and means. *Proceedings, 21st International Geographical Congress*, New Delhi (Calcuta), vol. 4, 91-94.
- Ibiza de Restrepo, G. 1975. *El proceso de desarrollo económico de Antioquia*. Medellín, Instituto de Integración Cultural.
- IGAC. 1969. *Monografía del Departamento de Sucre*. Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC).
- INDERENA. 1974a. *Plan de la regulación fluvial y defensa contra las inundaciones en la cuenca Magdalena-Cauca*, Convenio Colombo-Holandés. Bogotá, Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables (INDERENA).
- INDERENA. 1974b. *Proyecto cuenca Magdalena-Cauca: Palinología y geomorfología*, Convenio Colombo-Holandés. Bogotá, Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables (INDERENA).
- Kalmanovitz, Salomón. 1972. El desarrollo de la ganadería en Colombia. *Boletín Mensual de Estadística*, Nos. 253-54, agosto-septiembre, 195-241.
- Lathrap, D. 1966. Colombia prehistory comes of age. *Science*, vol. 152, 923-25.
- Leighly, John, ed. 1973. *Land and life – A selection from the writings of Carl Ortwin Sauer*, ed. by John Leighly. Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- López Toro, Álvaro. 1968. *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*. Bogotá, Universidad de los Andes, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico.
- Meinig, D. W. 1971. Environmental appreciation: Localities as a humane art. *Western Humanities Review*, vol. 25, 1-11.
- McGreevey, W. P. 1971. *An economic history of Colombia, 1845-1930*. Cambridge, England, Cambridge University Press.
- Ospina Vásquez, Luis. 1955. *Industria y protección en Colombia*. Medellín, Editorial Santafé.
- Parsons, James J. 1949. Antioqueño colonización in western Colombia. *Ibero-Americana*, vol. 32.
- Parsons, James J. 1952. The Settlement of the Sinú valley of Colombia. *Geographical Review*, vol. 42, 67-86.
- Parsons, James J. 1961. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 2a. ed., trad. por Emilio Robledo. Bogotá, Banco de la República. [La primera edición de la traducción se publicó en Medellín, Imprenta Departamental, 1950.]
- Parsons, James J. 1967. Antioquia's corridor to the sea: An historical geography of the settlement of Urabá. *Ibero-Americana*, vol. 49.
- Parsons, James J. 1968. *Antioqueño colonizaron in western Colombia* [revised]. Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- Parsons, James J. 1969. Ridged fields in the Río Guayas valley, Ecuador. *American Antiquity*, vol. 34, 256-62.
- Parsons, James J. 1970. The “Africanization” of the New World tropical grasslands. *Tübingen Geographische Studien*, vol. 34, 141-53.
- Parsons, James J. 1972. Spread of African pasture grasses in the American tropics. *Journal of Range Management*, vol. 25, 13-17.

- Parsons, James J. 1976. Medellín reconsidered: the historical preconditions of industrialización. En: *Proceedings of the Conference of Latin Americanist Geographers*, Boca Ratón, Florida, December 1974, Vol. 5, pp. 119-24.
- Parsons, J. J. and Bowen, W. 1966a. Ancient ridged fields of the San Jorge River floodplain, Colombia", *Geographical Review*, vol. 56, 317-43.
- Parsons, J. J. and Bowen, W. 1966b. Los campos de cultivos prehispánicos del bajo San Jorge. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, vol. 12, 449-58.
- Parsons, J. J., and Denevan, W. M. 1967. Pre-Columbian Ridged Fields. *Scientific American*, vol. 217, 92-100.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1965. *Colombia*. New York, Praeger.
- Restrepo Uribe, J. 1964. *Antioquia: Olvidada, marginada y resentida*. Medellín, Bedout.
- Restrepo Uribe, J. 1972. *La República de Antioquia*. Medellín, Bedout.
- Safford, F. 1965. Significación de los antioqueños en el desarrollo económico de Colombia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* [Bogotá], vol. 2, No. 3, 49-70.
- Sauer, Carl O. 1952. *Agricultural origins and dispersals*. New York, American Geographical Society.
- Shlemon, R. J. 1970. *Landslide terraine near Medellín, Colombia*. Berkeley, Office of Naval Research Report, Department of Geography, University of California.
- Shlemon, R. J. and Phelps, B. 1971. Dredge-tailing agriculture on the Río Nechí, Colombia. *Geographical Review*, vol. 61, 396-414.
- Siemens, A. H. and Poulsen, D. F. 1972. Ridged fields and associated features in southern Campeche: New perspectives on the lowland Maya. *American Antiquity*, vol. 37, 222-39.
- Smith, C T., Denevan, W. M., and Hamilton, P. 1968. Ancient ridged fields in the region of Lake Titicaca. *Geographical Journal*, vol. 134, 353-67.
- Soles, R. 1972. Pan American Highway: Running a dream through a swamp. *Notion*, February 21, 233-36.
- Turner II, B. L. 1974. Prehistoric intensive agriculture in the Mayan lowlands. *Science*, vol. 185, pp. 718-24.
- Twinam, A. 1973. Antioqueño entrepreneurship: the myth and the reality. *Proceedings from S.U.L.A.* —State University Latin Americanists (Buffalo, Council on International Studies, State University of New York), vol. 2, pp. 184-207.
- U.S. Department of Transportation. 1974. *Final environmental impact assessment, Darien Gap Highway from Tocumen, Panamá, to Río León, Colombia*. Washington, D.C., Federal Highway Administration, U.S. Department of Transportation.
- Wax, Rosalie H. 1971. *Doing fieldwork: Warnings and advice*. Chicago, University of Chicago Press.
- West, Robert C. 1952. *Colonial placer mining in Colombia*. Baton Rouge, Louisiana State University.
- Wilhelmy, H. 1968. La cría de ganado en las costas del Caribe del norte de Colombia. *Revista Geográfica*, No. 68, 63-81.
- Zucht, A., and Denevan, William M. 1974. Campos agrícolas prehispánicos en los Llanos de Barinas. *Indiana* [Berlín], vol. 2, 209-25.

***In memoriam**

Fuimos muy afortunados por habernos hecho amigos de James J. Parsons, luego de los usuales primeros contactos por correspondencia entre colegas separados por distancias continentales, y tras el primer encuentro personal en Paipa, durante el Congreso Internacional promovido por CLAG (Conference of Latin Americanist Geographers) y ACOGE (Asociación Colombiana de Geógrafos), en 1977. A Jim le acababan de publicar en ANNALS uno de sus más memorables escritos, y de primera mano uno de nosotros consiguió su permiso entusiasta para hacer la traducción al castellano. De ahí salió una versión que se publicó en 1980 [Trimestre Geográfico, 1 (1), marzo]. Ahora hemos revisado y pulido el texto y de paso disfrutado otra vez del mensaje magisterial que él consignó afectuoso para sus colegas y amigos de fin de siècle, pero que estamos ciertos será bien recibido por todas las generaciones de geógrafos por venir. La publicación de la traducción mejorada, a través de un medio accesible para las mayorías, es uno de los homenajes que él de seguro habría aceptado como muestra del sincero aprecio de amigos suyos de la Colombia que con tanta profundidad y perseverancia estudió y amó. [Para una relación de la vida y obra de James J. Parsons, remitimos al lector al artículo de B. Wallach, indicado enseguida.] — LOS TRADUCTORES.

Wallach, Bret. 1998. In Memoriam: James J. Parsons, 1915-1997. *Annals of the Association of American Geographers*, 88 (2), 316-328.

** James J. Parsons, PH.D. [1915-1997], fue Profesor y Director del Departamento de Geografía, Universidad de California, Berkeley, CA, Estados Unidos de América.

Citación sugerida

Suggested citation

Parsons, James J. 2010. Exploración y descubrimiento en geografía. *Geografía en Español – Traducciones* [Colombia], Nº 2: 1-17. Documento *online*, acceso [fecha]: http://www.geografiaenespanol.net/Parsons_GeE_2.pdf. [Originalmente en inglés: “Geography as exploration and discovery,” *Annals of the Association of American Geographers*, 67 (1), 1-16, 1977. © Association of American Geographers, Washington, DC, USA.]

*The definitive, English version of this article is available on www.blackwell-synergy.com. The GEOLAT GROUP, Colombia and the sponsors of the site want to express its recognition to [The Association of American Geographers](http://www.aag.org) for granting us permission to translate the article and to publish it in *Geografía en Español – Traducciones*.*



Licenciado para uso personal gratuito bajo la *Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 2.5 Colombia license*, especificada en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Licensed for free use under the *Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 2.5 Colombia license*, available at: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>



GRUPO GEOLAT

La publicación de este artículo fue patrocinada por [Universidad de Córdoba](http://www.universidadcordoba.edu.co), Montería, Colombia.